

Friel, Brian

Tres obras después. - 1a ed. - Buenos Aires : Dedalus, 2011.
138 p. ; 20x13 cm. - (Biblioteca Contemporánea; 3)

Traducido por: Eugenio López Arriazu
ISBN 978-987-26401-8-7

1. Teatro Irlandés. I. López Arriazu, Eugenio, trad. II. Título
CDD Ir822

El editor hace reconocimiento a Ireland Literature Exchange (fondos de traducción),
Dublin, Irlanda, por la ayuda financiera para la publicación del presente libro.

www.irelandliterature.com
info@irelandliterature.com

Título original: *Three Plays After*

© faber and faber

© Brian Friel

© de la traducción: Eugenio López Arriazu

1ª edición: enero de 2012

© Dedalus Editores

Felipe Vallese 855, Buenos Aires, Argentina.

info@dedaluseditores.com.ar

www.dedaluseditores.com.ar

Diseño de cubierta: Crudele Ribeiro Diseño

Diagramación: Ignacio Rodríguez

ISBN 978-987-26401-8-7

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida,
almacenada, transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico,
mecánico, óptico, digital, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Biblioteca Contemporánea  **TEATRO**

Tres obras después

BRIAN FRIEL

Traducción

EUGENIO LÓPEZ ARRIAZU

 **Dedalus Editores**

Para Cassie

El juego de Yalta

Basado en un tema de
La dama del perrito de
Antón Chéjov

El juego de Yalta se representó por primera vez en el Gate Theatre, Dublín, el martes 2 de octubre de 2001, con el siguiente reparto:

Dmitri Dmitrich Gurov	Ciarán Hinds
Anna Sergéievna	Kelly Reilly

Dirección	Karel Reisz
Escenografía	Eileen Diss
Vestuario	Dany Everett
Iluminación	Mick Hughes
Música	Conor Linehan
Sonido	John Leonard

Traducción literal al gaélico de Úna Ní Dhubhghaill

Personajes

Dmitri Dmitrich Gurov

Anna Sergéievna

Nota

El diálogo en negritas, así, es entre los personajes.

El diálogo en fuente romana, así, está dirigido al público.

El escenario está amoblado con una mesa de tapa circular de mármol; dos o tres sillas que se pueden usar afuera y adentro; y tal vez un sillón.

Dmitri Dmitrich Gurov tiene treinta y nueve años. Su cabello comienza a ponerse gris. Luce el sombrero de paja con un ángulo elegante y lleva un bastón. Ahora está disfrutando del último sol del verano en Yalta. Una exuberante banda militar toca a la distancia. Gurov cada tanto la escucha.

GUROV. Conmovedores, ¿no? El séptimo de los húsares del campo de batalla en Balaclava. *(Llama a un mozo imaginario)*. **Otro café cuando tenga un segundo.** *(Escucha de nuevo la música y dirige vigorosamente)*. Hace que uno quiera ir a la carga en combate, ¿no?

La música comienza a desvanecerse.

Créanme, cuando la temporada de verano está en su pico, no hay en toda Crimea balneario más excitante, más vibrante, que Yalta. Las multitudes. Los

restaurantes que bullen. La conmoción de las diferentes lenguas. El paseo. El elegante parque municipal. La excursión obligatoria de un día a la cascada plateada de Oreanda. El ritual nocturno de bajar al muelle y mirar a los recién llegados que salen en torrentes del ferry Theodosia con sus luces bailarinas y expectantes. Y por supuesto el mismo misterioso Mar Negro que abraza y mantiene unidos todos estos elementos, especialmente de noche cuando el agua es una lila suave y tibia y la luna arroja un rayo dorado a través de ella. *(Al mozo imaginario)* **Muy agradecido. ¿Y azúcar? Excelente.** *(Ahora se extiende en un asiento e inclina el sombrero de paja hacia adelante de modo que sus ojos quedan casi ocultos).* Pero por supuesto la plaza central es el corazón de Yalta. Ahí es donde los turistas se congregan y sorben café de la mañana a la noche. Y desde debajo de sus sombreros de paja y parasoles, en silencio, en secreto se escudriñan los unos a los otros. Es el gran juego de Yalta no reconocido. Y se juega en una especie de ensueño –y al mismo tiempo casi con voracidad.

(Con suavidad) Esa pareja regresó. ¿Dónde estuvieron ayer? No están casados, ¿no? ¡Señora, por favor! Seguro no están casados. Ahí está el muchacho griego de nuevo. Todavía tose. Sus ojos están tan ausentes –¿de qué desilusión trata de recuperarse? Cuando ese marido muera este invierno, como por cierto lo hará, ¿qué

sucedará con ella? ¿Tiene la determinación de avanzar a los tumbos? Ay, sí, la tiene. Mírenla con la mirada fija en el vacío –ya está haciendo todos los fríos cálculos.

Ellos son nuevos. Franceses, ¿no? ¿Ella estuvo llorando? No cruzaron palabra en toda la tarde. Él es claramente un mojigato. Y su pie nunca para de dar golpecitos. Jovencita, no debería dejar que vea cuán desesperadamente lo ama.

Es una diversión de todo el día, tomar café y adivinar otras vidas o conferir a las vidas de otros una vida imaginada. Bastante inocuo, supongo.

¡Señora, por favor! ¡Ésta es una plaza pública!

Uno sabe que la temporada está llegando a su fin cuando ve bajar la primera cortina y el viento levanta un polvo que ahoga y sólo queda un puñado de bebedores de café para inventarse mutuamente.

Y lentamente la vitalidad y el alboroto disminuyen y el lugar se vuelve... desolado todavía no, sino tan sólo un poco abatido. Y te das cuenta de que tenés que desconectarte de estos placeres de ensueño y esta rutina de otro mundo y pensar en volver a Moscú... el trabajo, los niños, la esposa. *(Pausa)*. El hogar. Eso requiere un pequeño... esfuerzo.

Hacía casi dos semanas que estaba en Yalta y en mi anteuúltimo día, a eso de las tres de la tarde, estaba sentado en la plaza con los fieles que quedaban. Y de pronto apareció una mujer joven. Salía del Hotel Marino.